

E/C

VENEZUELA

Por Fanor Díaz, desde Caracas

La semana trágica en esta capital de 5 millones de habitantes y en ciudades del interior, con saqueos de comercios, pillaje, vandalismo y enfrentamientos armados con la policía y el ejército, con un saldo estimado de 400 muertos y 1500 heridos sólo en Caracas, se enfocó en una humareda tenebrosa y desconcertante treinta años de paz social y democracia en Venezuela.

Nadie sabe cómo ocurrió. En medio del asombro se busca todavía el pedernal que hizo brotar las revueltas populares y el baño de sangre el lunes 27 de febrero. Es la mejor prueba tal vez de que gobernantes, políticos, empresarios y sindicalistas vivían en un cuasilimbo. Aquí el descontento social se veía como una amenaza a largo plazo y nunca se imaginó que podía asumir tamaño magnitud.

Es más: sólo una visión edulcorada de la realidad pudo llevar al presidente socialdemócrata Carlos Andrés Pérez cuando apenas tenía 2 semanas en Miraflores (Palacio de Gobierno) a pactar con el Fondo Monetario Internacional (FMI) para desatar de un tizeretazo el paquete de aumentos del transporte, gasolina, alimentos, impuestos y las tasas de interés. Aumentos de hasta el doscientos por ciento con un dólar libre para las importaciones que ronda los 40 bolívares cuando antes se mantenía protegido en 14,50.

Ese cambio abrupto no es poca cosa en un país que en 1988 importó por valor de 10.872 millones de dólares contra exportaciones de 11 mil millones (85 por ciento corresponde a la venta de petróleo). Y con ingresos promedio de los trabajadores que no llegan a 100 dólares (4000 bolívares). El presidente consideró aumentos a empleados públicos en un 30 por ciento pero quedaba por definir el monto de las mejoras para empleados y obreros del sector privado tras una concertación tripartita de las centrales obreras, los empresarios y el gobierno. Aun así la prevista compensación en el sector público estaba por debajo de una inflación estimada en 50 por ciento.

Con los aumentos en "pico de zamuro" (un pajaraco negro más grande que el cuervo), los empresarios saludaron la concertación con piedras en el bolsillo. Había motivos: el gobierno dudaba en reconocer las cartas de crédito por importaciones comprometidas a la tasa amparada de 14,50 para lanzar a la tierra de nadie 6500 millones de dólares que deben afrontarse al cambio flotante

AJUSTE DE CUENTAS

Un aumento de tarifas de transporte público —la parte más visible del ajuste económico pactado con el FMI— desató este lunes el estallido social que, con un saldo de 500 muertos, constituye la página más violenta de la larga historia democrática venezolana.

del mercado libre. Los mismos bancos quedaron al garete: como intermediarios financieros garantizan esas operaciones con el sector externo.

"Si reconocemos las cartas de crédito a 14,50 habrá que declarar al país en quiebra", dijo el jefe del partido de gobierno (Acción Democrática, AD), Gonzalo Barrios, de 82 años, un lúcido patriarca político cuyas autorizadas palabras nunca ruedan en el vacío. A tal punto que el viernes último voceros oficiales dijeron que no serán reconocidas las cartas.

Así, en el marco de un paquete de medidas anunciadas dramáticamente por el presidente para salir de la crisis del endeudamiento, del descalabro de las reservas (cayeron de 10.000 millones de dólares hace 4 años a unos 500 millones) y del formidable déficit de la balanza de pagos en 1988 (unos 5000 millones de dólares), nada estaba claro. No había reglas de juego para precios, sueldos y salarios, costo y estrategia de producción de las empresas, ni política cambiaria.

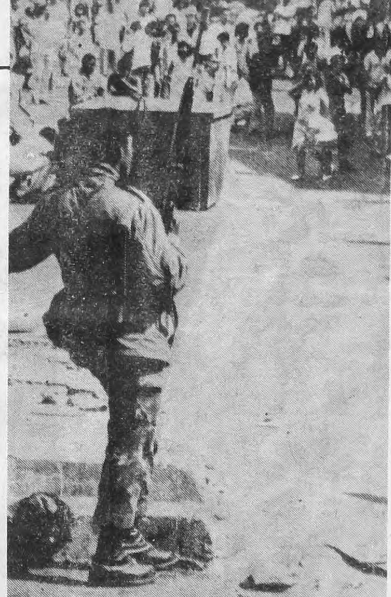
Tantas dilaciones dejaron campo libre a especuladores y acaparadores. En las dos últimas semanas de febrero el desabastecimiento de artículos esenciales de alimentación en las cadenas de supermercados y abastos populares fue impresionante. Los precios de mercaderías a la vista se dispararon por encima de regulaciones del Ministerio de Comercio.

"Venezuela era un país piloto (de la democracia en América latina) y ese escarapate lo rompieron a puñetazos, palos y pedradas los hambrientos de los barrios de Caracas a quienes se quiere someter a los moldes férreos del FMI", dijo Rafael Caldera, fundador del Partido Social Cristiano Pompei, la





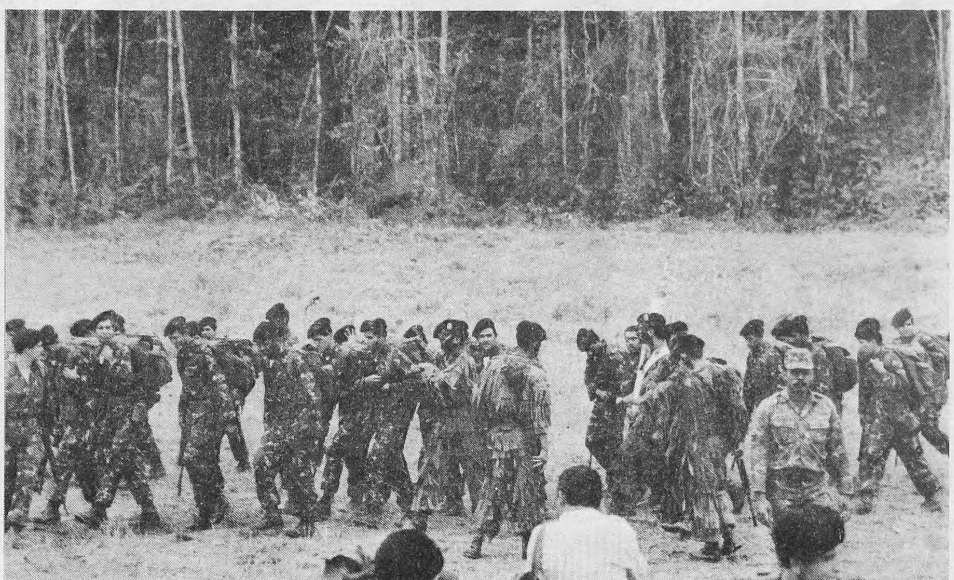
Miles de pobladores caraqueños se alzaron con lo que tenían a mano. Cien negocios fueron destruidos.



Uno de los 10.000 soldados en acción.



Arriba, dos caras de las protestas: pobladores hambrientos y soldados que reforzaron a la policía. Abajo, la Guardia Nacional, desbordada.



Genteza "El Universal", de Caracas

En el bar los más p

LA SEMANA TRA

principal fuerza política de oposición.

"Lo que hay es un desabastecimiento de serenidad", dijo el ministro Moisés Naim, un teórico del Instituto de Estudios de Administración (IESA) que forma gerentes.

"Hemos visto importaciones de caviar, vinos, champagne, con el telón de fondo de la gran pobreza de las clases populares. Eso es por lo menos la causa visible, justa, de resentimiento por parte de los que tienen poco", observó Barrios.

El jefe del partido de gobierno aludió así a "la boda del siglo" como la calificó el matutino *El Diario* de Caracas, de una sobrina del magnate cubano-venezolano Gustavo Cisneros. La boda un día después del anuncio de las medidas económicas, costó un millón de dólares. Una fiesta bañada con champagne *La grand dame*, y con invitados traídos del extranjero en los jets y yates de Cisneros.

El Grupo Cisneros es dueño de la cadena de supermercados CADA, la más importante del país, de un canal de televisión y de una veintena de empresas, además de poseer fuertes inversiones en Pepsi-Cola, la mayoría del paquete de las tiendas Preciados de Madrid y negocios en Gran Bretaña y Estados Unidos. Los "Cisneros", como se los llama familiarmente aquí, han sido mencionados como financistas de las campañas políticas de CAP, para sus dos presidencias de 5 años: la primera cuando sucedió a Caldera en 1964.



Domingo 5 de marzo de 1989



Miles de pobladores caraqueños se alzaron con lo que tenían a mano. Cien negocios fueron destruidos.



Uno de los 10.000 soldados en acción.



Arriba, dos caras de las protestas: pobladores hambrientos y soldados que reforzaron a la policía. Abajo, la Guardia Nacional, desbordada.



Cortina: El Universal de Caracas



En el barrio de La Vega, los monoblocks recién entregados fueron arrasados por los más pobres.

LA SEMANA TRAGICA

principal fuerza política de oposición.

"Lo que hay es un desabastecimiento de serenidad", dijo el ministro Moisés Naim, un teórico del Instituto de Estudios de Administración (IESA) que forma gerentes.

"Hemos visto importaciones de caviar, vinos, champagne, con el telón de fondo de la gran pobreza de las clases populares. Eso es por lo menos la causa visible, justa, de resentimiento por parte de los que tienen poco", observó Barrios.

El jefe del partido de gobierno aludió así a "la boda del siglo" como la calificó el matutino *El Diario* de Caracas, de una sobrina del magnate cubano-venezolano Gustavo Cisneros. La boda un día después del anuncio de las medidas económicas, costó un millón de dólares. Una fiesta bañada con champagne. La *grand dame*, y con invitados traídos del extranjero en los jets y yates de Cisneros.

El Grupo Cisneros es dueño de la cadena de supermercados CADA, la más importante del país, de un canal de televisión y de veintinueve empresas, además de poseer fuertes inversiones en Pepsi-Cola, la mayoría del paquete de las tiendas Preciados de Madrid y negocios en Gran Bretaña y Estados Unidos. Los "Cisneros", como se los llama familiarmente aquí, han sido mencionados como financiadores de las campañas políticas de CAP, para sus dos presidencias de 5 años: la primera cuando sucedió a Caldera en 1964.



Unos 50 supermercados CADA fueron saqueados por las turbas de Caracas y del interior, en los primeros dos días de tumultos, y muchos de ellos incendiados. Pareció repetirse así la quema de los CADA de los años 60, cuando la cadena era blanco de la guerrilla castroista debido a la asociación de Cisneros y Nelson Rockefeller.

Las depredaciones de la noche del lunes, cuando la gente de los barrios marginales bajó de los cerros para tomar las calles de Caracas, desbordaron los controles policiales. Las aventuras de Lecuna y México, que avanzan sobre el centro de Caracas, fueron convertidas en teatro de guerra. Se echaron abajo las cortinas metálicas de cientos de negocios, y mujeres y hasta niños arrastraban con bolsas de alimentos, televisores, computadoras, tocadores, equipos de sonido, cocinas eléctricas, cajas de whisky, sicoes y cuanto encontraban.

"Yo no voy a matar a un tipo que se roba una caja de 'diables' (marca de un picadillo de carne), dijo un policía. Otro policía que vio robar un televisor le dijo a los saqueadores: "Epa, a ver si dejan uno para mí, que me lo llevaré cuando se vaya el comunisto". La policía ha reclamado en vano aumentos de sueldos.

Los informativos de televisión mostraron imágenes de cientos de saqueadores que pasaban sus cargas a autos y camiones a la vista de la policía. "Los saqueadores tenían la misma voracidad de los que se llevaron fue-

ra del país 35.000 millones de dólares", escribió en el matutino *El Nacional* el periodista Norberto Yusti. En 5 años la fuga representó esa suma.

Las órdenes de reprimir dadas a las fuerzas policiales se sucedieron el martes 28 cuando los saqueos, quema de vehículos y enfrentamientos armados convirtieron a Caracas en un infierno. Pero el desborde se hizo más temible cuando centenares de individuos de barrios marginales con granadas y pistolas de 9 mm—verdaderos arsenales con los que la delincuencia asalta bancos y comercios—se apresaban a invadir quintas, residencias y edificios de apartamentos de la clase media alta.

Al día siguiente efectivos del ejército custodiaban la ciudad con un toque de queda desde las 6 de la tarde hasta las 6 de la mañana. Sin embargo, hasta ayer se repetían enfrentamientos nocturnos con francotiradores que emboscaban y dieron muerte a un mayor del ejército y a medio centenar de policías y soldados. Lo que más se teme es el día en que las tropas, que han reprimido a sangre y fuego a algunos resacas ("bravos fanáticos" de la guerrilla como definió CAP a los agitadores), vuelvan a los cuarteles. Vecinos de la clase media formaron brigadas armadas de autodefensa, mientras el gobierno anuncia aumentos generales de sueldos y salarios de 50 por ciento y hasta precios regulados para nuevos productos que pasan a la canasta familiar.

LAS DESVENTURAS DE UN BUEN PAGADOR

Por Marcelo Zlotogwiazda

Los cada vez más numerosos pronósticos que en Estados Unidos y Europa venían alertando sobre las consecuencias políticas del peso de la deuda externa en América latina, se vieron confirmados de repente, pero en el lugar menos pensado. Hasta el día anterior al estallido social en Venezuela, ninguno de los estrategas del mundo desarrollado que analizaba el tema de la deuda con preocupados ojos geopolíticos imaginó que esas predicciones se iban a cumplir precisamente en el país que hasta entonces venía siguiendo un camino único y singular para afrontar el problema. Pero el hecho de que Venezuela haya estado pagando no sólo los intereses sino también parte del capital de su deuda externa sin recibir préstamos del extranjero y obviando los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional, no inhibió a los sectores más lúcidos de ese país a insistir en que allí —al igual que en el resto de la región— las opciones eran cada vez más antagónicas: desarrollo o pago de la deuda.

La masiva y violentísima protesta en contra de las medidas económicas dispuestas por el gobierno de Carlos Andrés Pérez, que sacudió a las principales ciudades venezolanas el mismo día en que funcionarios de ese gobierno estampaban su firma al acuerdo con el FMI, pusieron en evidencia que si bien ese país constituía un caso peculiar entre las naciones subdesarrolladas más endeudadas, no estaba exento de los efectos derivados de la deuda externa.

En un trabajo titulado "Venezuela y la renegociación de la deuda externa: experiencia y perspectivas", que acaba de publicarse en la Argentina ("Entre la heterodoxia y el ajuste: negociaciones financieras externas de América latina", compilado por Roberto Bouzas), el investigador Miguel Rodríguez Mendoza sostuvo que "Venezuela es un caso peculiar en la región, ya que es el único país que ha disminuido su deuda externa y, con excepción de la Argentina, el que destina mayor porcentaje de sus ingresos de exportación al pago de la misma, y es también el país latinoamericano que menos préstamos ha obtenido de la banca privada internacional y uno de los pocos que no ha suscripto acuerdos de estabilización con el FMI".

Esta última característica de la peculiaridad venezolana dejó de ser cierta cuando el flamante presidente electo de la socialdemócrata Acción Democrática optó por negociar un préstamo del Fondo Monetario con la condición de poner en marcha un programa de ajuste que provocó el estallido social en protesta por el brusco incremento en las tarifas. Pero esta decisión de Pérez que sorprendió a muchos había sido ya señalada como inevitable, incluso por gente que se opone al tutelaje del FMI. El propio Rodríguez Mendoza escribió hace más de un año en el artículo mencionado, que "de continuar con la estrategia seguida hasta ahora, Venezuela perderá el margen de maniobra que aún tiene para la formulación y ejecución de su política económica y no sería de extrañar que tarde o temprano se plantee un acuerdo con el FMI y/o el Banco Mundial".

Si bien desde 1983 Venezuela comenzó —igual que el resto de los países endeudados del continente— a renegociar los plazos de vencimiento de una deuda que entonces alcanzaba a 38.400 millones de dólares, las pautas que siguió fueron muy diferentes a Brasil, México y la Argentina. Como solía decir el antecesor de Pérez (también de la Acción Democrática), Jaime Lusinchi, "la mayor brevedad posible" y había que "rediseñar sistemáticamente los niveles de la misma". Con la mente congelada en los años

de bonanza que posibilitó un precio del petróleo entre 25 y 35 dólares por barril (en 1983 el petróleo representó más de 9 de cada 10 dólares exportados), y confiados en que si se hacía buena letra ante la comunidad internacional iban a afluir cuantiosas inversiones extranjeras, el gobierno de Lusinchi consiguió reprogramar los vencimientos de la deuda pero en condiciones muy desventajosas.

Además de no solicitar ningún período de gracia para el pago, ni tampoco exigir nuevos préstamos de la banca acreedora y de los organismos internacionales, Venezuela pagó entre 1983 y 1987 una quinta parte de su deuda externa, reduciéndola en 9000 millones de dólares hasta dejarla en apenas 30.000 millones.

A los efectos de la sangría de recursos que significó la voluntad de amortizar una deuda que en buena medida había servido para financiar la fuga de capitales (entre 1979 y 1983 se fueron 15.000 millones de dólares según cifras del Banco Mundial), se agravaron porque los precios del petróleo se desplomaron a menos de la mitad del valor que tenían en 1983 —llevando el superávit de comercio exterior de 8400 millones de dólares en 1983 a menos de 1000 millones en 1988—, y porque las inversiones extranjeras brillaron por su ausencia con apenas 66 millones de dólares anuales como promedio en el período 1983-1987. Fue así que Venezuela desplazaría enormes excedentes de su comercio exterior, desperdiciando la oportunidad para utilizar sus reservas de divisas en pro del desarrollo interno.

En pocos años quedó sepultado el sueño (que los políticos de aquel país sintetizaban con la consigna de sembrar el petróleo) de destinar los petrodólares para conformar una base industrial y soportar obras de infraestructura. Las cifras del destino son elocuentes: entre 1982 y 1988 el producto bruto por habitante cayó un 15 por ciento y el salario mínimo se redujo en otro tanto.

En 1987 Rodríguez Mendoza advertía que "la nación se volverá mucho más crítica en los próximos años ya que en el período 1989-1993 el país deberá cancelar alrededor de 19.000 millones de dólares en concepto de intereses y amortización de capital... lo que representa una suma muy elevada para una economía pequeña como la venezolana, particularmente en un contexto de creciente incertidumbre con respecto a la evolución del mercado petrolero y de dificultades cada vez mayores para la obtención de nuevos préstamos, en especial de la banca privada internacional". En esa oportunidad el adelantado había que "de efectuarse el servicio de la deuda en la forma descrita, será prácticamente imposible contar con los recursos necesarios para promover una recuperación estable y sostenida de la economía durante los próximos años".

Le llegó el segundo turno presidencial a Carlos Andrés Pérez, pero a diferencia del anterior (1974-1978) se encontró con un nivel de reservas que no le dejaba el mismo margen de maniobra que en las épocas doradas de la petrodólar, con el petróleo desvalorizado y —al igual que casi toda Latinoamérica— al margen del interés del capital inversor extranjero.

Tal como había anunciado —entre otros— Rodríguez Mendoza, la situación no le dejó más alternativa (dentro de las reglas del juego que era capaz de aceptar) que recurrir a los préstamos condicionados del FMI que en pocas horas tuvieron como respuesta el estallido social. Fueron necesarios algunos centenares de muertos para que Pérez torciera nuevamente el rumbo el jueves pasado cuando la suspensión del pago de intereses y capital de la deuda. Claro que esta vez desde una posición muy débil y a la defensiva.

LA DEUDA VENEZOLANA

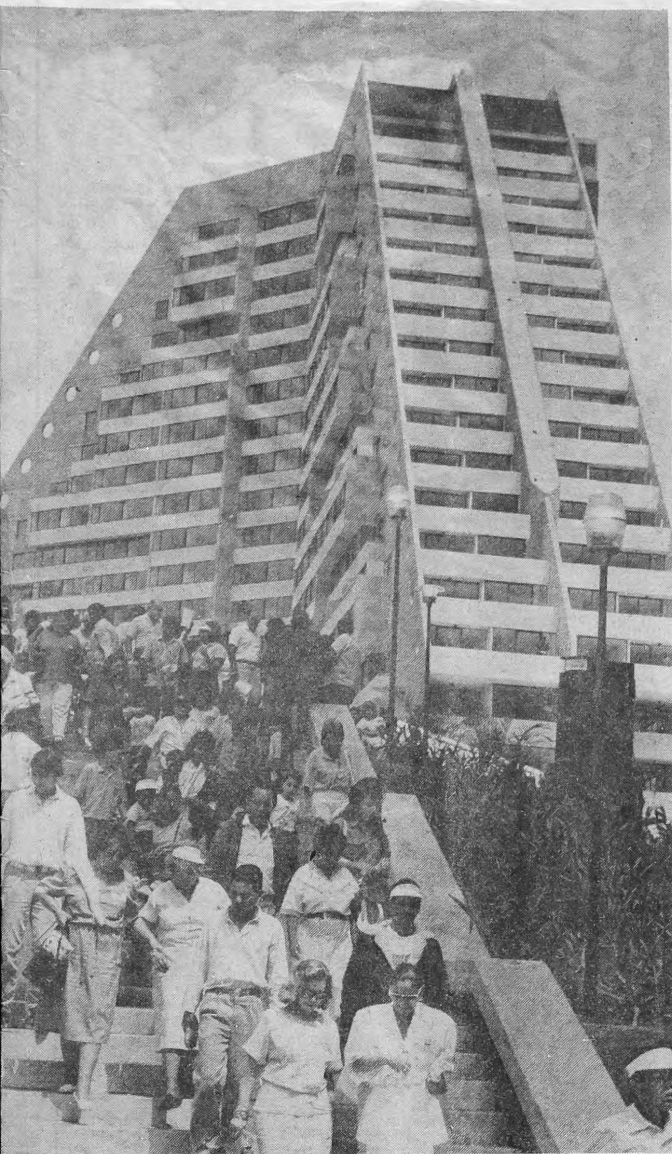
(en millones de dólares)			
Pago de intereses	Amortización de capital	Deuda externa al final del año	
1983 3425	5533	38431	
1984 3370	3121	35995	
1985 3922	1075	35262	
1986 3109	1974	32436	
1987 2674	1159	30277	

FUENTE: Banco Mundial

BALANZA COMERCIAL

(en millones de dólares)			
Exportaciones de petróleo	Exportaciones de otros	Importaciones	Saldo
1983 13657	14759	6409	8350
1984 14794	15967	7262	8705
1985 12862	14178	7398	6760
1986 7218	8649	7935	814
1987 9104	10487	8430	2057

FUENTE: Banco Central de Venezuela y Ministerio de Hacienda



En la Vega, los monoblocks recién entregados fueron arrasados por saqueadores.

GICA

Unos 50 supermercados CADA fueron saqueados por las turbas de Caracas y del interior, en los primeros dos días de tumultos, y muchos de ellos incendiados. Pareció repetirse así la quema de los CADA de los años 60, cuando la cadena era blanco de la guerrilla castrista debido a la asociación de Cisneros y Nelson Rockefeller.

Las depredaciones de la noche del lunes, cuando la gente de los barrios marginales bajó de los cerros para tomar las calles de Caracas, desbordaron los controles policiales. Las avenidas Lecuna y México, que avanzan sobre el centro de Caracas, fueron convertidas en teatro de guerra. Se echaron abajo las cortinas metálicas de cientos de negocios, y mujeres y hasta niños arrasaban con bolsas de alimentos, televisores, computadoras, tocadiscos, equipos de sonido, cocinas eléctricas, cajas de whisky escocés y cuanto encontraban.

"Yo no voy a matar a un tipo que se roba una caja de 'diablos' (marca de un picadillo de carne)", dijo un policía. Otro policía que vio robar un televisor le dijo a los saqueadores: "Epa, a ver si dejan uno para mí, que me lo llevaré cuando se vaya el comisario". La policía ha reclamado en vano aumentos de sueldos.

Los informativos de televisión mostraron imágenes de cientos de saqueadores que pasaban sus cargas a autos y camiones a la vista de la policía. "Los saqueadores tenían la misma voracidad de los que se llevaron fue-

ra del país 35.000 millones de dólares", escribió en el matutino *El Nacional* el periodista Norberto Yusti. En 5 años la fuga representó esa suma.

Las órdenes de reprimir dadas a las fuerzas policiales se sucedieron el martes 28 cuando los saqueos, quema de vehículos y enfrentamientos armados convirtieron a Caracas en un infierno. Pero el desborde se hizo más temible cuando centenares de individuos de barrios marginales con granadas y pistolas de 9 mm —verdaderos arsenales con los que la delincuencia asalta bancos y comercios— se aprestaban a invadir quintas, residencias y edificios de apartamentos de la clase media alta.

Al día siguiente efectivos del ejército custodiaban la ciudad con un toque de queda desde la 6 de la tarde hasta las 6 de la mañana. Sin embargo, hasta ayer se repetían enfrentamientos nocturnos con francotiradores que emboscaban y dieron muerte a un mayor del ejército y a medio centenar de policías y soldados. Lo que más se teme es el día en que las tropas, que han reprimido a sangre y fuego a algunos rezagos ("rezagos fantasmagóricos" de la guerrilla como definió CAP a los agitadores), vuelvan a los cuarteles. Vecinos de la clase media formaron brigadas armadas de autodefensa, mientras el gobierno anuncia aumentos generales de sueldos y salarios de 50 por ciento y hasta precios regulados para nuevos productos que pasan a la canasta familiar.

LAS DESVENTURAS DE UN BUEN PAGADOR

Por Marcelo Zlotogwiazda

Los cada vez más numerosos pronósticos que en Estados Unidos y Europa venían alertando sobre las consecuencias políticas del peso de la deuda externa en América latina, se vieron confirmados de repente, pero en el lugar menos pensado. Hasta el día anterior al estallido social en Venezuela, ninguno de los estrategas del mundo desarrollado que analizaba el tema de la deuda con preocupados ojos geopolíticos imaginó que esas predicciones se iban a cumplir precisamente en el país que hasta entonces venía siguiendo un camino único y singular para afrontar el problema. Pero el hecho de que Venezuela haya estado pagando no sólo los intereses sino también parte del capital de su deuda externa sin recibir préstamos del extranjero y obviando los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional, no inhibió a los sectores más lúcidos de ese país a insistir en que allí —al igual que en el resto de la región— las opciones eran cada vez más antagónicas: desarrollo o pago de la deuda.

La masiva y violentísima protesta en contra de las medidas económicas dispuestas por el gobierno de Carlos Andrés Pérez, que sacudió a las principales ciudades venezolanas el mismo día en que funcionarios de ese gobierno estampaban su firma al acuerdo con el FMI, pusieron en evidencia que si bien ese país constituía un caso peculiar entre las naciones subdesarrolladas más endeudadas, no estaba exento de los efectos derivados de la deuda externa.

En un trabajo titulado "Venezuela y la renegociación de la deuda externa: experiencia y perspectivas", que acaba de publicarse en la Argentina ("Entre la heterodoxia y el ajuste: negociaciones financieras externas de América latina", compilado por Roberto Bouzas), el investigador Miguel Rodríguez Mendoza sostuvo que "Venezuela es un caso peculiar en la región, ya que es el único país que ha disminuido su deuda externa y, con excepción de la Argentina, el que destina mayor porcentaje de sus ingresos de exportación al pago de la misma, y es también el país latinoamericano que menos préstamos ha obtenido de la banca privada internacional y uno de los pocos que no ha suscripto acuerdos de estabilización con el FMI".

Esta última característica de la peculiaridad venezolana dejó de ser cierta cuando el flamante presidente electo de la socialdemócrata Acción Democrática optó por negociar un préstamo del Fondo Monetario con la condición de poner en marcha un programa de ajuste que provocó el estallido social en protesta por el brusco incremento en las tarifas. Pero esta decisión de Pérez que sorprendió a muchos había sido ya señalada como inevitable, incluso por gente que se opone al tutelaje del FMI. El propio Rodríguez Mendoza escribió hace más de un año en el artículo mencionado, que "de continuar con la estrategia seguida hasta ahora, Venezuela perderá el margen de maniobra que aún tiene para la formulación y ejecución de su política económica y no sería de extrañar que tarde o temprano se plantee un acuerdo con el FMI y/o el Banco Mundial".

Si bien desde 1983 Venezuela comenzó —igual que el resto de los países endeudados del continente— a renegociar los plazos de vencimiento de una deuda que entonces alcanzaba a 38.400 millones de dólares, las pautas que siguió fueron muy diferentes a Brasil, México y la Argentina. Como solía decir el antecesor de Pérez (también de la Acción Democrática), Jaime Lusinchi, era necesario amortizar la deuda externa "a la mayor brevedad posible", y había que "reducir sistemáticamente los niveles de la misma". Con la mente congelada en los años

de bonanza que posibilitó un precio del petróleo entre 25 y 35 dólares por barril (en 1983 el petróleo representó más de 9 de cada 10 dólares exportados), y confiados en que si se hacía buena letra ante la comunidad internacional iban a afluir cuantiosas inversiones extranjeras, el gobierno de Lusinchi consiguió reprogramar los vencimientos de la deuda pero en condiciones muy desventajosas.

Además de no solicitar ningún período de gracia para el pago, ni tampoco exigir nuevos préstamos de la banca acreedora y de los organismos internacionales, Venezuela pagó entre 1983 y 1987 una quinta parte de su deuda externa, reduciéndola en 9000 millones de dólares hasta dejarla en apenas 30.000 millones.

A los efectos de la sangría de recursos que significó la voluntad de amortizar una deuda que en buena medida había servido para financiar la fuga de capitales (entre 1979 y 1983 se fueron 15.000 millones de dólares según cifras del Banco Mundial), se agravaron porque los precios del petróleo se desplomaron a menos de la mitad del valor que tenían en 1983 —llevando el superávit de comercio exterior de 8400 millones de dólares en 1983 a menos de 1000 millones en 1988—, y porque las inversiones extranjeras brillaron por su ausencia con apenas 66 millones de dólares anuales como promedio en el período 1983-1987. Fue así que Venezuela despilfarró enormes excedentes de su comercio exterior, desperdiciando la oportunidad para utilizar sus reservas de divisas en pro del desarrollo interno.

En pocos años quedó sepultado el sueño (que los políticos de aquel país sintetizaban con la consigna de sembrar el petróleo) de destinar los petrodólares para conformar una base industrial y soportarla con obras de infraestructura. Las cifras del desatino son elocuentes: entre 1982 y 1988 el producto bruto por habitante cayó un 15 por ciento y el salario mínimo se redujo en otro tanto.

En 1987 Rodríguez Mendoza advertía que "la situación se volverá mucho más crítica en los próximos años ya que en el período 1989-1993 el país deberá cancelar alrededor de 19.000 millones de dólares en concepto de intereses y amortización de capital... lo que representa una suma muy elevada para una economía pequeña como la venezolana, particularmente en un contexto de creciente incertidumbre con respecto a la evolución del mercado petrolero y de dificultades cada vez mayores para la obtención de nuevos préstamos, en especial de la banca privada internacional". En esa oportunidad él adelantaba que "de efectuarse el servicio de la deuda en la forma descripta, será prácticamente imposible contar con los recursos necesarios para promover una recuperación estable y sostenida de la economía durante los próximos años".

Le llegó el segundo turno presidencial a Carlos Andrés Pérez, pero a diferencia del anterior (1974-1978) se encontró con un nivel de reservas que no le dejaba el mismo margen de maniobra que en las épocas doradas de los petrodólares, con el petróleo desvalorizado y —al igual que casi toda Latinoamérica— al margen del interés del capital inversor extranjero.

Tal como había anunciado —entre otros— Rodríguez Mendoza, la situación no le dejó más alternativa (dentro de las reglas del juego que era capaz de aceptar) que recurrir a los préstamos condicionados del FMI que en pocas horas tuvieron como respuesta el estallido social. Fueron necesarios algunos centenares de muertos para que Pérez torciera nuevamente el rumbo el jueves pasado anunciando la suspensión del pago de intereses y capital de la deuda. Claro que esta vez desde una posición muy débil y a la defensiva.

LA DEUDA VENEZOLANA

(en millones de dólares)

	Pago de intereses	Amortización de capital	Deuda externa al final del año
1983	3425	5533	38431
1984	3370	3121	35995
1985	3922	1075	35262
1986	3109	1974	32436
1987	2674	2159	30277

FUENTE: Banco Mundial

BALANZA COMERCIAL

(en millones de dólares)

	Exportación de petróleo	Exportaciones totales	Importaciones	Saldo
1983	13667	14759	6409	8350
1984	14794	15967	7262	8705
1985	12862	14178	7388	6790
1986	7218	8649	7835	814
1987	9104	10487	8430	2057

FUENTE: Banco Central de Venezuela y Ministerio de Hacienda

Por Pepe Eliashev

Pocos personajes encarnan de manera tan directa y representativa los excesos, los sueños y las fantasmagóricas realidades de la América latina contemporánea como el venezolano Carlos Andrés Pérez. A los 66 años, Pérez lucía esta semana como un mandatario sentado sobre un volcán recién regurgitado, en la estremecida superficie de una Caracas enardecida y bañada en sangre. La pueblada que durante 72 horas sacudió al otrora encantador valle de Caracas parece cerrar de manera cuasi sinfónica tres décadas de historia y no es casual que el presidente Pérez haya sido el personaje elegido por la historia para reflexionar sobre las paradojas del destino desde el Palacio de Miraflores, al pie del bello monte Avila.

Hijo de un farmacéutico y pequeño plantador de café en el adormilado poblado de Rubio, en plena Táchira, corazón de los Andes venezolanos, Pérez nació el 27 de octubre de 1922 para sobrellevar de por vida una cierta ambigüedad de origen que los caraqueños no suelen perdonar: hijo de padre colombiano, habitante de la frontera de un proyecto no consumado, la nación bolivariana, Pérez "desciende" a los 17 años a la capital para cursar su escuela secundaria.

Aquel 1922 era para Venezuela el clima del pleno poder del tirano Juan Vicente Gómez. Instalado en el gobierno, por golpe de Estado, en diciembre de 1908, perdurará hasta diciembre de 1935. "Los primeros quince años de mi vida los pasé entre el campo y la ciudad, y digo ciudad, un pueblo rural de donde salíamos todos los días en excursión por el campo, y nuestro vehículo no era el automóvil, sino el caballo o la mula", relataría en 1981 Pérez al periodista José Emilio Castellanos, en *El Diario de Caracas* fundado por Rodolfo H. Terragno.

Cuando llega en 1939 a la capital para iniciar su secundaria en el prestigioso liceo Andrés Bello, a Pérez le comienza a funcionar el predeterminado reloj de su destino. Al dictador Gómez le ha sucedido un operador de la lenta transición: los cuarteles designan al general Eleazar López Contreras como nuevo inquilino de Miraflores. En 1941, Pérez regresa a Táchira convertido en bachiller y asumido como militante político. Afiliado desde su fundación, en 1936, al Partido Democrático Nacional diseñado por los próceres de la moderna democracia venezolana (Rómulo Betancourt, Rómulo Gallegos, Jóvito Villalba, Raúl Leoni), Pérez intentará estudiar Derecho en la Universidad Central caraqueña, pero no termina la carrera y hasta hoy permanece como el único presidente que no es doctor desde Betancourt, en 1958.

En ese 1941, Pérez participa de la primera y fundante Convención Nacional de Acción Democrática, el gran partido popular socialdemócrata literalmente esculpido como máquina por Betancourt. En ese momento, Pérez tiene 19 años y viene de una brillante gestión como líder estudiantil en una Caracas que poco a poco deja de zaherirlo por su acento andino. Tras 10 años de transición posgomecista, las presidencias del citado López Contreras y la democratización homeopática de Isaías Medina Angarita, un golpe interrumpe la apertura en 1945. Era, claro, una apertura bloqueada y dicho bloqueo desemboca en el golpe del 18 de octubre de 1945 (24 horas después que, a miles de kilómetros, en la rioplatense Buenos Aires, naciera políticamente el peronismo!), punto de partida del trienio que culminará con la elección democrática de Rómulo Gallegos y el —ahora sí— ultramontano golpe de 1948 que inicia la era dictatorial de 10 años concluida en 1958.

En 1945, a los 23 años, Pérez es designado secretario privado de Betancourt, el líder de Acción Democrática (AD) y titular de la Junta de Gobierno provisional. Se le nombra enseguida secretario del Consejo de Ministros. En 1948, cuando Pérez Jiménez y el ejército derrocan al gobierno democrático de Gallegos, Pérez intenta un gobierno provisorio en Maracay, fracasa y es arrestado en la prisión de Caracas, desde donde saldrá un año más tarde, al exilio, a la vecina posesión holandesa de Curazao, en el Caribe. De allí rumbo a Colombia, sitio ideal para proseguir la romántica pero firme oposición



Carlos Andrés Pérez

TIMONEL SOBRE EL VOLCAN



a la dictadura perezjimenista. Intercambiado por los colombianos contra un opositor detenido en Caracas, Pérez vuelve a ser detenido en el amazónico Puerto Ayacucho, una cárcel de la cual emerge en 1951 para ser expulsado a Cuba. En La Habana se reúne con Betancourt y de allí partirán para la ya democrática Costa Rica, roca fuerte de la actividad antiperezjimenista.

Cuando Betancourt es elegido, por abrumadora mayoría popular, presidente y asume como tal en diciembre de 1958, Pérez será designado primero viceministro y luego ministro del Interior. Tiene entonces 37 años y en pocos meses las guerrillas castristas de las FALN y del MIR aparecerán en las montañas de Falcón y Coro. Como jefe de la seguridad, Pérez, que ya es conocido popularmente por sus iniciales CAP, se convierte en un enemigo feroz e implacable de los terroristas. Las versiones sobre sevicias, torturas y brutalidades en aquella Venezuela de los tempranos años sesenta son interminables. CAP está ya fundando su leyenda de hombre "enérgico". Renunciante en 1963 al Ministerio del Interior, utilizará los 10 años siguientes para consolidar su tejido político en AD y en diciembre de 1973 llega a la presidencia con una consigna eficaz pero intrascendente: "Democracia con energía".

Animal político por antonomasia, astuto y perseverante, pero singularmente duro y terminante en su operatividad política, CAP llega a Miraflores en medio del formidable desparramo de petrodólares suscitado por la cuadruplicación de los precios del crudo resultada por la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Si en 1973, cuando CAP asume, el Estado venezolano recaudaba 3400 millones de dólares por impuestos al crudo exportado, en 1974, su primer año de gestión, esa cifra se irá a más de 10.000 millones de dólares. Nació lo que se bautizó como la Venezuela Saudita, un país singularmente afortunado que habrá de atragantarse con riquezas poseídas por una infima y obscena minoría.

Lo que sigue es historia reciente. A los 66 años, de nuevo en el poder, este musculoso y enérgico animal político debe domar a un potro desbocado: ya no existen los ahora fumados recursos de hace 15 años. Como toda la América latina, también Venezuela está en el vendaval de la crisis, empobrecida, achicada e impotente. El tímido adolescente andino de antes de la Segunda Guerra Mundial es ahora un adusto estadista que ha perpetrado la hazaña de hacerse reelegir, el único que lo consiguió en la historia venezolana, pero la magia se ha acabado y gestos fastuosos, como las onerosas nacionalizaciones del petróleo y del hierro en su primera presidencia, son sencillamente impensables.

Este es el perfil del hombre que esta semana cabalgó en medio del fuego, en un desborde social que podría ser premonitorio para toda América latina.